

EL LENGUAJE

REVISTA DE FILOLOGÍA

AÑO I. NÚM. 10

SANDOVAL, 9, BAJO.—MADRID

OCTUBRE, 1912

SUMARIO

La acentuación castellana (*continuación*).—¡Oh, las etimologías!—Vicios del lenguaje.—R. Monner Sans.—Americanismos.—Remiendos a la Academia.—Necrología.—Análisis Gramatical intuitivo.—Bibliografía.—Correspondencia.—Anuncios.

(Derechos reservados.)

LA ACENTUACIÓN CASTELLANA ⁽¹⁾

III

(*Continuación*).

Son las lenguas organismos vivientes o, mejor dicho, organizaciones que reflejan siempre el adelanto en todos los órdenes de la vida: son los sistemas que mejor expresan el progreso de los pueblos, por ser ellas suma y compendio de todo progreso.

Todo desenvolvimiento del saber humano exige una evolución paralela de la palabra. El espíritu, la idea, el juicio, el raciocinio, se encarnan en ella de tal suerte que no puede pensarse sin su manejo, o al menos sin su constante auxilio. Y tal importancia tiene su conocimiento, que de nada puede saberse sin conocer la lengua en que el saber se condensa y se protocoliza; y en nada puede adelantarse sin perfeccionar al mismo tiempo la lengua del pueblo que adelanta. Y recíprocamente, pueblo que perfecciona su lengua es pueblo que evoluciona en el progreso.

Por patriotismo debemos ir directamente a ese perfeccionamiento posible de nuestra lengua. Así lo deseamos, así lo queremos; y tenemos que ir deprisa, porque no hemos madrugado:

(1) Véanse los números 5 y 7 de esta revista.

hemos salido tarde y debemos aprovechar los momentos y apresurar la marcha.

Vamos a empezar por la escritura porque no sabemos escribir; hemos empezado por el acento porque no sabemos acentuar, y porque nos ha parecido que comenzando con la acentuación habremos de escandalizar menos que si empezáramos a tratar del uso de las letras. Y nos parece que hemos de escandalizar menos empezando por la acentuación porque no hay escritor que acentúe debidamente y sabiendo a conciencia lo que se hace. Las reglas de la Academia son complicadas, confusas, equívocas y deficientes; no dan razón clara ni exacta del sistema acentual, ni resuelven todas las dificultades, ni prevén todos los casos.

Por esta ignorancia del acento y de la diptongación castellana, los malos poetas (y los buenos) desnaturalizan nuestra ortofonía y estropean prosódicamente muchas palabras, que, por carecer de una notación acentual más adecuada, no pueden fijarse por escrito en cuanto a su prosodia. Y de aquí nace la indecisión fonética de ciertos vocablos, la doble rítmica de algunos, la viciosa pronunciación de muchos.

Las personas cultas notan enseguida las mutilaciones de vocablos, cambios, transposiciones, omisiones y adiciones de letras y otros vicios de pronunciación: pero no suelen advertir las alteraciones referentes a la rítmica, que son frequentísimas y funestas para la claridad de la expresión.

Para reglamentar bien nuestra acentuación castellana hemos tenido ante todo que echar buenos cimientos, estudiando primero las vocales, para fundamentar después sobre ese estudio una teoría aceptable y racional de los diptongos, que tan importante papel juegan en la acentuación. Tal vez no habremos acertado, seguramente que no hemos agotado la materia, pero nos daremos por muy satisfechos si no hemos equivocado la senda.

Hemos asignado a las vocales, como carácter esencial de las mismas, el timbre; cuyos constitutivos determinan sus grados de sonoridad y gravedad. El timbre es, pues, en las vocales una propiedad o atributo inmutable, permanente; mientras que los otros caracteres circunstanciales de intensidad, duración y altura son meros accidentes variables.

Aunque resulten pesadas las repeticiones, bueno será repetir, por la novedad de la doctrina, que la vocal *a* es la más sonora por su timbre; después siguen *o* y *e*, equivalentes en sonoridad, y por último *u*, *i*, que son las más ténues, también equivalentes. Por su gravedad, *a* es fundamental o normal; *o* y *e* son de opuesta gravedad, más grave y más aguda respectivamente que la *a*; *u*, *i*, también de opuesta gravedad, la más grave y la más aguda respectivamente de la escala vocal.

El acento de una vocal es su intensidad, su fuerza accidental o circunstancial; e influye, naturalmente, en su sonoridad relativa. De aquí que una vocal, ténue por su naturaleza, pueda resultar circunstancialmente por su acento o fuerza de emisión, tan sonora como lo sea otra por su propia naturaleza. Así en *oía* la vocal ténue *i*, por pronunciarse con más energía, resulta tan sonora como sus colindantes *o* y *a*.

Ya establecimos la ley fonética de incompatibilidad de dos culminancias en una misma entidad rítmica: ley que preside en la formación de los diptongos.

Bueno será recordar también que no hay regla fija *a priori* para la formación de los diptongos, aunque sí las hay para los adiptongos. Estas reglas son decisivas para la acentuación.

Para que haya diptongo es necesario que predomine una de las vocales, ya por su sonoridad, ya por su fuerza, ya por su duración, ya por varios de estos caracteres a la vez. Y el diptongo será tanto más grato, aceptable y perceptible, cuanto mayor sea la eminencia de alguna de las vocales que lo formen; pues no todos los diptongos tienen el mismo grado de percepción, como no todas las notas musicales tienen en su intervalo el mismo grado de armonía. Por esto hemos dicho que *ai* es mejor diptongo que *ae*; *au*, mejor que *ao*; *ia* de *piamonte*, en que la *a* acumula sonoridad y cantidad, mejor que *ai* de *bailable*, en que la *a* sólo tiene su eminencia de sonoridad; *uá* de *cuatro*, en que la *a* acumula sonoridad, fuerza y cantidad, mejor que *ua* de *agua*, en que sólo acumula sonoridad y cantidad, *et sic de cæteris*.

Si hay incompatibilidad de culminancias no puede haber diptongo.

Vocales unísonas o de la misma sonoridad y gravedad, es

decir, vocales repetidas, son siempre diptongables, ya sean igualmente fuertes, ya más fuerte la primera que la segunda, o viceversa. Pero el decir *diptongables* no supone que hayan de ser siempre diptongos, sino que pueden serlo. Es potestativo muchas veces el formar o no diptongo con vocales adyacentes que tienen condiciones para diptongarse.

Vocales de la misma sonoridad, pero de opuesta gravedad, son diptongables si la prepositiva no es más fuerte que la pospositiva. Pero si la prepositiva es fuerte, aunque ambas tengan equivalente sonoridad natural, no predomina la primera sobre la segunda, por ser ésta larga, resultando incompatibilidad de culminancias, una de intensidad, otra de cantidad, e imposibilidad consiguiente de buen diptongo.

Vocales de diferente sonoridad y gravedad son diptongables siempre que la más ténue no sea más fuerte que la más sonora. Pero el ser diptongables, repetimos, no quiere decir que hayan de formar siempre diptongo.

* * *

Hemos dicho que no todas las vocales tienen la misma aptitud para diptongarse, que unas se combinan mejor que otras en la unidad rítmica llamada sílaba, y que hay vocales incompatibles por su naturaleza y accidentes circunstanciales para formar diptongo. Tanto en los diptongos como en los adiptongos puede haber, pues, mayor o menor compatibilidad o incompatibilidad entre las vocales que se suceden sin interposición de consonantes. Es decir, que hay categorías de vocales diptongables y de adiptongos; y dentro de esas categorías existen grados de diptongación y de adiptongación.

Para establecer estas categorías y estos grados necesitamos tener muy presente:

1.º Que para la formación de la entidad rítmica silábica, y en general para toda entidad rítmica, se necesita un elemento preponderante que la individualice, que le dé personalidad, si vale decirlo así, para ser base o núcleo de los demás elementos que se le agrupen formando unidad.

2.º Que dos culminancias son incompatibles en una misma unidad rítmica, como son incompatibles dos amos en una casa o

dos reyes en un reino. Ha de haber un solo mando, una sola eminencia, sin perjuicio de que existan distintas jerarquías bajo su dominio.

3.º Que las vocales son, por su propia naturaleza o sonoridad esencial, unas más culminantes que otras. Hemos establecido tres categorías de sonoridad natural en las vocales: *a*, la más sonora; *o* y *e*, intermedias, y *u*, *i*, las más ténues. La combinación de estas tres categorías de vocales nos dará otros tres órdenes o categorías de diptongos y de adiptongos. La primera categoría, por la combinación de las vocales más ténues, *u*, *i*, con la más sonora, *a*: la segunda, por la combinación de las más ténues, *u*, *i*, con las intermedias, *o*, *e*, y de éstas con la más sonora, *a*: la tercera, por la combinación de las dos intermedias una con otra, *oe* o *eo*, y de las dos ténues también una con otra, *ui* o *iu*.

4.º Las vocales pueden modificar circunstancialmente sus condiciones de sonoridad y culminancia por los caracteres accidentales de intensidad y cantidad que en ellas concurren. Y de aquí nacen los grados que hemos de establecer en cada categoría para la diptongación y adiptongación.

Ya hemos dicho, en efecto, que en todo diptongo, por exigencias fisiológicas, la vocal pospositiva es larga; y si no lo es la misma vocal en su totalidad, por seguir consonante en la misma sílaba, lo es al menos su timbre, que se transmite a las consonantes silábicas que la siguen. Así, en *cuan* no es larga la *a*, sino la *n*; pero ésta con el timbre de *a*, que se alarga en la *n*, manteniendo de este modo su preponderancia de sonoridad y cuantitativa. Por lo tanto, una vocal puede acumular circunstancialmente a su sonoridad natural la culminancia cuantitativa de su posición en la sílaba; pues si es pospositiva de diptongo resulta más duradera, y la duración de un sonido influye, como es de experiencia, en su sonoridad y alcance, porque las ondas acústicas se empujan unas a otras.

También puede acumular una vocal la eminencia accidental de su intensidad o esfuerzo relativo con que se la pronuncie circunstancialmente.

De la combinación de estos accidentes con la cualidad esencial de cada una de las vocales resultan los grados de la diptongación

y de la adiptongación en cada una de las categorías establecidas. Así, en la primera categoría tendremos los diptongos de primer grado, *uá, lá*, en que la *á* acumula sonoridad natural, intensidad y cantidad; los de segundo grado, *áu, ái*, en que la *a* predomina por su mayor sonoridad natural y por su intensidad accidental; los de tercer grado, *ua, ia*, en que sobresale por la sonoridad de su timbre unida a su cantidad de posición; los de cuarto grado, *au, ai*, en que sólo goza la *a* de la preponderancia de su timbre. En la segunda categoría de diptongos tendremos también, por idénticas causas, cuatro grados enteramente análogos o correlativos con los de la primera categoría; ejemplo del primer grado, *uó*; íd. del segundo, *óu*; íd. del tercero, *uo*; íd. del cuarto, *ou*. En la tercera categoría de diptongos, por ser las vocales que los forman de equivalente sonoridad, sólo caben dos grados: el primero, en que la pospositiva predomina por intensidad y cantidad; ejemplo, *eó*, y el segundo, en que sólo es preeminente por la cantidad; ejemplo, *eo*.

Inversamente y por opuestas causas o razones, ya fáciles de conocer y aún de adivinar sin necesidad de explicación, estableceremos otras tres categorías de adiptongos con sus respectivos grados. Pero éstos son menos numerosos que los de diptongos.

Primera categoría de diptongos.

De primer grado: *uá, lá*. Cuatro, copiar.

De segundo grado: *áu, ái*. Causa, baile.

De tercer grado: *ua, ia*. Agua, patria.

De cuarto grado: *au, ai*. Paulino, bailó.

Segunda categoría de diptongos.

De primer grado: *uó, íó, ué, lé, oá, eá*. Fraguó, pidió, después, copié, loable, paseaba.

De segundo grado: *óu, ói, éu, éi, do, de*. Goula, esteroide, feudo, reina, caos, traeme.

De tercer grado: *uo, io, ue, ie, oa, ea*. Mutuo, apio, puertecilla, piedad, coacción. teatral.

De cuarto grado: *ou, oi, eu, ei, ao, ae*. Lourizán, oiré, pleurestía, reinó, ahogarse, traerán.

Tercera categoría de diptongos.

De primer grado: *eó, oé, iú, ul*. Teófilo, poeta, triunfo, cuita.

De segundo grado: *eo, oe, iu, ui*. Leopardo, poesía, ciudad, cuidar.

Primera categoría de adiptongos.

De primer grado: *úa, ía*. Púa, día.

De segundo grado: *aú, aí*. Baúl, país.

Segunda categoría de adiptongos.

De primer grado: *óa, éa, úo, ío, úe, íe*. Lóa, féa, dúo, llo, valúe, ríe.

De segundo grado: *aó, aé, ou, ol, eú, el*. Caótico, maestro, lo uso, oír, reúne, leíste.

Tercera categoría de adiptongos.

De un solo grado: *éo, óe, íu, úí*. Féo, róe, Ríu, muy.

Como se ve, no hay más que dos grados en la tercera categoría de diptongos y en la primera y segunda de adiptongos, y un solo grado en la tercera categoría de éstos.

De las vocales idénticas o repetidas ya hemos dicho que son siempre diptongables y en cualquier grado; pues más que diptongos lo que forman son vocales alargadas por fusión o contracción. Son como las notas unísonas en la música, que no se tienen en cuenta para la graduación de la armonía, porque entre ellas no hay en realidad intervalo.

R. ROBLES.

(*Se continuará.*)

¡Oh las etimologías!

Formadas las palabras que tienen relación con las sacudidas terrestres, de la voz griega *seismos*, que significa *agitación*, debe esta raíz conservar la *e* en evitación de ulteriores confusiones y decirse y escribirse *seísmico*, *seísmógrafo*, *seísmológico*, *seísmólogo*, etc., como debió, en modo análogo, evitarse la confusión que existe con las palabras *cenobita* y *cenotafio*, que, por haberse transformado en *ceno* tanto el *koínos*, en la primera como el *kenos* en la segunda, lo mismo puede significar aquélla el que hace la vida en común, como cadáver, y ésta, tumba vacía o fosa común.

Siendo mil en griego *kilioi*, y *kilos*, asno, borrico, kilómetro significa medida de burro y no mil metros, pues es más natural suponer que el *kilo* de kilómetro proceda de ésta, más bien que de aquella raíz: el polígono de mil lados se llama en geometría *kilógono*. Si un helenista oyera decir que de Madrid al Escorial hay 10 kilómetros creería de buena fe que poniendo en tal dirección una recua de 50 borricos uno detrás de otro, el rucio número 50 llegaría al citado real sitio.

Si andando el tiempo, al cabo de los siglos mil, se le ocurriera a un chiflado (como se nos suele en son de mofa apellidar—¡y a mucha honra!—a los que nos ocupamos de estos *tiquis mitquis* gramaticales) averiguar cómo hablábamos los españoles de estos tiempos calamitosos que corremos, y en las investigaciones filológicas llegara a sus manos pecadoras un periódico de la época y tropezara en él con una información de carreras de caballos en la que leyera que tal caballo no había llegado a la meta por dos cuerpos de caballo y a continuación hallara que la distancia recorrida había sido de tantos *kilómetros*, deducirá—¡qué duda cabe! que las distancias hípicas, por decirlo así, se medían por cuerpos de caballo y las itinerarias por... ¡cuerpos de burro!

Suponiendo, y no es mucho suponer, que el día de mañana se le ocurriera a un individuo probar la carne de burro y hallándola

suculenta lo hiciera saber así a sus amigos invitándolos a comerla, éstos a otros y así sucesivamente, llegaría un momento en que se harían necesarias las palabras que indicaran esta afición y al aficionado. A este fin acudiríamos a las lenguas sabias, al griego, por ejemplo, donde hallaríamos que borrico se dice *kilos* y comer *fagein*, con los cuales materiales tendríamos las palabras *kilofagia* y *kilófago*. Ahora bien: si *kilófago* significa el que come carne de burro, ¿qué significa *kilómetro*?; y si esta palabra quiere decir mil metros, ¿qué entenderíamos por aquélla?

Causa análoga ha dado origen a las palabras *hipofagia* e *hipófago*.

Cuando importamos la palabra *tramway* a nuestro idioma, al establecerse en España esos ferrocarriles urbanos, tradujimosle *tramvía*, así con *m*. Andando el tiempo se le ocurrió a nuestra Academia de la Lengua que puesto que en español no se escribe *m* antes de *v* debía escribirse y leerse *tranvía*, con *n*, obrando en esta ocasión, como casi siempre, a la ligera, sin parar mientes en la formación de tal palabra inglesa. Hela aquí: A un accionista de unas minas de carbón de Newcastle se le ocurrió la idea de establecer en beneficio de la explotación de los mismos un ferrocarril minero, al que, cosa natural, dió su nombre. Se llamaba Benjamín Outram; el tal camino de hierro se llamó, pues, *Outram-way*, por aféresis *tram-way*, en donde se observa que la primera sílaba es parte de su nombre propio, inglés, por añadidura, que por esto es inmune, no siendo quién nuestra Academia para alterar su ortografía, y la segunda un nombre común, que es el que se ha podido traducir, escribiéndolo con *v* y no con *b* por su etimología.

Como las lenguas nunca se agotan, a medida que van siendo necesarias vamos formando aquellas palabras que precisamos, ya para exteriorizar una idea, ya para dar nombre a algún invento, etc. Nos atreveríamos, pues, a proponer para la próxima edición del Diccionario académico las palabras *sofomanía* y *sofómano*, que, formadas de las raíces griegas, *sophia* y *mania*, nos darían a conocer sintéticamente la manía del saber y al que padece tal manía.

31-VIII-1912.

FRANCISCO DE P. CHABRAN.

VICIOS DEL LENGUAJE

Así se titula uno de los capítulos de «La campanilla de los pecadores», de Rosegger. Este autor viene a ser nuestro Pereda, un excelente paisajista estiriano y un buen pintor de costumbres campesinas. En Francia hay traducidas varias de sus obras, y ahora acaba de publicarse un extenso libro sobre el célebre literato, absolutamente desconocido en España. Cuando publiqué un ligero estudio comparativo titulado *Rod-Rosegger-Pereda*, le envié un ejemplar, y me escribió muy atento. Ignoraba que tuviese aficiones filológicas. El capítulo en cuestión, bastante largo, se ocupa de los *pecados* lingüísticos alemanes, algunos de los cuales podrían referirse también al castellano. Voy a traducir aquello que más especialmente atañe a nuestra lengua.

«Que le entiendan a uno, es, según mi desautorizada opinión, lo principal de un lenguaje. Lo bombístico se queda para las cabezas huecas, en las que tiene que resonar la sesera, por faltar el seso. La hermosura del idioma está en lo sencillo, claro y agradable. El que pueda expresar los pensamientos más trascendentales y profundos en la lengua más sencilla y clara, para mi gusto, sería el pensador más grande y el autor de más estima».

Como llevo traducidos, por encargo, infinidad de artículos alemanes, puedo atestiguar que Rosegger tiene razón al poner en la picota pasajes tenidos por literarios. A veces se publican mis traducciones en columna paralela a la del texto alemán, y resulta la versión muy abreviada. El florrecimiento alemán es muy reciente, y los floritivos, sobre todo los dedicados a ensalzar productos y costumbres del país, inflan la gaita que es una bendición, o mejor, maldición. Yo hago el papel del tío Paco, y comprendiendo que tan hinchado lenguaje resulta ridículo hasta para la mayoría de los hispano-americanos bombísticos, a quienes se destina tal literatura, pongo la cosa en su lugar, aunque me cueste un disgusto, caso ocurrido últimamente. Por cierto, preguntando a dos directores de diarios qué tal les parecían mis traducciones, dijo el uno, bonaerense, que muy elegantes (!), y el otro, centroamericano, poco bambolleras (por encargo). Rosegger se guasea del lenguaje jurídico. He corregido una obra monumental, «Las leyes mercantiles del mundo», en las secciones espa-

ñola e hispano-americana, y en esto también tengo que darle la razón al literato. «¡Feliz el que no tenga que habérselas con tal lenguaje!» Búrlase de la frase «desempeñar o representar un *papel*», que también introdujeron en España los malos traductores del francés. Allá cuando no estaban aún los españoles familiarizados con ello, hubo prójimo que tradujo esto en un periódico francés. «Monsieur le comte d'Aranda fait beaucoup de *papier* à Paris.» Por supuesto, la idea es la misma, la del papel manuscrito del actor, y la del papel que este lleva arrollado al teatro.

También pone en ridículo el galicismo *hallar*. «Hay gentes que hallan muchas cosas, sin devolverlas.» Nosotros decimos además *encontrar*. Para que mis discípulos traduzcan correctamente *finden*, hallar, por *parecer*, tengo coleccionados muchos ejemplos alemanes chistosos, entre ellos estos que traduzco:

En casa del casamentero.

—Me prometió V. una novia guapa, y resulta un mamarracho.

—Mirada a cierta distancia, la *encuentro*....

—¿Cree V. que voy a subir al Monte Blanco siempre que quiero *hallar* a mi mujer bonita?

* * *

—Prima, ¿cómo *hallas* mi bigote?

—¿Tu bigote? No lo *encuentro* en ninguna parte.

* * *

Solterona (a su acompañante, señalando a una antigua estatua): «¿No *encuentra* V. que lo antiguo es siempre lo mejor?»

—Ciertamente, pero siendo de mármol.

* * *

Conversación de baile: «Señorita, ¿no *encuentra* V. que esta sala es muy cuadrada?»

* * *

Rosegger dice, perfectamente, que un lenguaje permanece vivo y desarrollable mientras se mantenga de los dialectos. Hasta tanto que no se conozcan bien éstos, no ha de ser fructífero el estudio del castellano. Con la pintura de cuadros populares en que campean los dialectismos, han prestado un buen servicio a nuestro idioma la novela y el teatro modernos.

Conoce Rosegger varios vocabularios dialécticos, que menciona, recomendándolos para sustituir con voces nacionales los extranjerismos. En

algún libro suyo, no recuerdo cual, un personaje echa de menos un léxico de injurias. Existe ya hace tiempo uno, que dió pie a Cavia para hacer otro, parte del cual copié en mi *Eco de Madrid*, del que he tenido la honra de ver tres ediciones en seis años.

En un artículo sobre *Literatura crítica*, de Aramburo, aparecido en el Archiv, hablé de los tópicos *gallarda muestra, arrancado de la realidad, dar la medida del talento, distinguido escritor, pasto abundoso, enemigo mortal, espléndido (hasta con x) salón, brillante fiesta, dulce coyunda, estilo vibrante, tener lugar, puntos de la pluma, gemir las prensas, voz argentina, gran relieve*, etc.

En punto a barbarismos, consúltense las obras de Aramburo, *Hispanismo y Barbarismo*, del P. Juan Mir, acerca de cuyo trabajo excelente tengo escritas varias críticas, en España y Alemania, y *¡Pobre Lengua!*, de Huidobro, que critiqué en revistas de ambos países, en Madrid en «España y América».

DR. P. DE MUGICA.

DIALECTOS CASTELLANOS

MONTAÑES, VIZCAINO, ARAGONES

POR

PEDRO DE MUGICA

En las principales librerías al precio de dos pesetas.

R. MONNER SANS

Nuestro último número (1) trajo un interesante artículo, *Lengua y Literatura argentina*, de este literato español, uno de los más conspicuos de Buenos Aires. Y precisamente el último número de la revista parisiense *Le Parthénon* trae un artículo acerca de él, firmado por el gran hispanófilo francés Vézinet, crítico y novelista. De él traducimos lo siguiente, para que nuestros lectores sepan quien es Monner.

«La literatura argentina no tiene entre nosotros la notoriedad que merece. Tal es la reflexión que me sugería no ha mucho una colección de poemas, *Desde la falda*, llegada directamente de Buenos-Aires.»

«El autor, R. Monner Sans, ha compuesto muchas obras de géneros diversos; pero se ha ejercitado principalmente en la crítica, en el drama, en la poesía.»

«Crítico, pertenece a la familia de los que, parecidos a Givanel Mas (de quien tenemos un ms. precioso), el docto comentador de *Don Quijote*, no creen derogar aliando la elegancia de la forma al saber y a la erudición.

«En sus libros, como en los artículos que da al *Diario Español*, uno de los más grandes periódicos de Buenos Aires, muestra una noble predilección por las obras que, en vez de describir adulterios y amores escabrosos, pintan sentimientos honestos y expresan ideas delicadas.»

«Autor dramático, estudia las costumbres de los argentinos; pero sus personajes son ciudadanos del universo lo mismo que del país: no pertenecen sólo a su patria, sino a la humanidad. Pintor de costumbres y caracteres, el Sr. Monner ama los problemas morales. El título de *Caso de conciencia*, que ha dado a una de sus piezas, podría dársele a todas, y especialmente a *El señor ministro*, que se parece mucho a una obra maestra.»

«Poeta, orquestea sin esfuerzo los temas queridos de nuestros románticos: el yo, la naturaleza, Dios. Y su verso, deliciosamente musical, tiene una fluidez como la martiniana.»

«Crítico, autor dramático, poeta, saborea la nobleza de las ideas y la elevación de los sentimientos. Lo que equivale a decir que es de los escritores que honran una literatura y un país.»

Añadamos que Monner es acaso el mejor diccionarista hispano-argentino, como lo prueba el magnífico estudio acerca de las voces que llevan el prefijo *des*, titulado «Pasatiempo lexicográfico».

(1) Fue compuesto este artículo para el número 9 de nuestra revista, pero a última hora hubo necesidad de retirarlo por dificultades del ajuste.

AMERICANISMOS

POR MIGUEL DE TORO Y GISBERT

Miguel de Toro y Gisbert, el erudito autor de «Enmiendas al Diccionario de la Academia», de «Apuntaciones lexicográficas», de «Ortología castellana de nombres propios» y del «Tesoro de la lengua española», acaba de dar a la publicidad una nueva producción, *Americanismos*.

En el primer capítulo, *El idioma nacional de los argentinos*, critica Toro la obra de Abeille, obra en que se pretendió adjudicarnos un flamante idioma, amasijo de barbarismos, voces arcaicas, vulgarismos y términos neológicos, que hablan los campesinos, que habla nuestro vulgo, pero que nunca llegarán a constituir nuestro idioma nacional, nuestra lengua culta y literaria, que es y será siempre, como creo haberlo demostrado en mi opúsculo «*El castellano en América. Su evolución*», el mismo castellano, idioma que aunque sujeto, como todas las lenguas, a cambios continuos, a una incesante evolución, mantiene y mantendrá siempre su unidad.

«*Algunos sinónimos*» y «*Acepciones nuevas*» son capítulos que estudian las principales modificaciones sufridas por el habla de los americanos. El capítulo «*Purismo y americanismos*» trata de los dislates que resultan de considerar que el idioma castellano está todo en el Léxico y en la Gramática de la Academia, obras notoriamente incompletas y cuajadas de errores. En «*Andalucismos y otros provincialismos*» se anotan muchas voces y acepciones dadas como americanismos, voces y acepciones que son comunes en Andalucía. Viene luego la enumeración de los *diccionarios de americanismos* con un breve juicio sobre cada uno de ellos; y termina, el interesante libro, con una serie de *cabos sueltos* que se leen con gusto y provecho.

Toro escribe en París y hablará castellano por excepción; no obstante, contados serán los españoles y americanos que conozcan tan bien como él el habla castiza; vive en continua correspondencia con intelectuales de América y España, y rara será la obra sobre materia de lenguaje que no pase por sus manos. Nos ofrece un caso muy semejante al del Dr. Pedro de Mugica, ilustrado filólogo que vive desde hace muchos años en Berlín, donde estudia y enseña el castellano, manteniéndose siempre al día con respecto a las modificaciones que en éste se operan en cada uno de los muchos países que lo hablan.

Y estoy por creer que de todos los provincialismos, de todas las hablas populares de los estados hispano-americanos, lo que menos conocen estos infatigables filólogos es, precisamente, cuanto se refiere a la Argentina, por la sencillísima razón de que nuestra bibliografía lexicográfica es de las más pobres. Somos, los argentinos, indiferentes a más no poder en cuanto atañe a estudios de orden gramatical y filológico; la mayoría de las gramáticas que usamos como texto son de autores españoles; y otro tanto me toca decir de las obras lexicográficas: Daniel Granada (autor del *Vocabulario Rioplatense*) y Monner Sans (*Notas al castellano en la Argentina* y otras producciones) son españoles; el Dr. Victoriano G. Montes (*Parónimos castellanos*) es uruguayo; L. Abeille (*El idioma nacional de los argentinos*) es francés; Juan Seijas (*Barbarismos cotidianos*) es venezolano; cuéntense entre los autores argentinos a Lafone y Quevedo (*Tesoro de Catamarqueñismos* y otras producciones), a Carriegos (*Minucias gramaticales* y otras) a Garzón (*Diccionario argentino*), al Dr. Segovia (*Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos*), y algún otro, y se acaba la lista.

De aquí que Toro, al estudiar los provincialismos, sinónimos y acepciones nuevas que son comunes a los países hispano-americanos, se haya encontrado, al tratarse de la Argentina, con fuentes de muy escaso caudal informativo. El *Diccionario* de Garzón, que hubiera podido darle mayores datos, ha llegado a manos del autor de *Americanismos* cuando la obra estaba ya lista y pronta para ser impresa. Y menos ha podido consultar el nuevo *Diccionario* del Dr. Segovia que acaba de aparecer en estos días.

Siguiendo mi costumbre he ido poniendo algunas notas marginales, simples agregaciones, a medida que leía la interesante obra de Toro, y por cierto que no he tenido ocasión de tachar, ni de acotar yerro alguno; así está de bien meditada y corregida esta flamante producción. Copiaré algunas de estas ligeras apuntes que, como comprenderán cuantos lean la obra, corroboran las aserciones de Toro.

En la denominación del sombrero duro, o sombrero de copa, decimos *galera*, *galerita*; y si es de copa cilíndrica, *galera alta*, *galera de felpa* y, vulgarmente, también *tarro de unto*, como en el Perú.

El *sacar chocolate*, de Chile, cambia de género en la Argentina; aquí es común oír a chicos que amenazan prometiendo *sacar la chocolata* o *hacer saltar la chocolata*.

Pitar por «fumar» es, en la Argentina, de uso tan popular como puede serlo en Chile; a esta neológica significación se debe que muchos digan *pitear* para designar la acción de tocar pito. Aquí el vigilante que *pita* «fuma» y el que «toca el pito» *pitea*.

El término de lotería *aproximación* tiene aquí el mismo uso que en Mé-

jico y España, lo que muestra bien claro que se trata de una acepción castiza a más no poder; se les ha pasado por alto a los señores académicos.

Tanto decimos *ayer noche* como *ayer de noche, de mañana o de tarde*.

Usamos más la expresión *barro* por «lodo» y vemos por acá a cada paso el *barrial*, voz que la Academia da como arcaísmo suplantado por *barrizal*.

Berrean nuestros chicos como los de Andalucía y Ecuador; *emberrenchinarse* nos resulta inusitado.

Borrachín es un diminutivo de borracho que mucho se oye en la Argentina.

Cuéntese a *canturria* coma voz argentina también.

Oímos tal cual vez *calabacear*, pero es más común *bolsear* (por dejar la novia al novio o viceversa).

Tan acostumbrados estamos a dividir en *cascos* las naranjas, que a quien pida, por estas tierras, un «gajo» de esta deliciosa fruta es casi seguro que le presentarán una rama del naranjo.

Un individuo torpe o bruto resulta aquí tan *cerrado* como puede serlo en Cuba y España.

Como en Perú y Andalucía hay entre nosotros gente que se complace en *llevar la contra*; están en minoría los que «hacen la contra», como quieren los señores académicos.

Hablar *de plegaderas* es, por acá, casi casi como hablar en turco; al «cortapapel» lo reconoce hasta el menos avisado.

Chupado (por escurrido), *desgarrar* (por expectorar), *enagua* (por enaguas), *extrañar* (por echar de menos), *fixarse* (por reparar o notar), *flojonazo* (por holgazán), *fregar* (por fastidiar), *frangollón* (por el que frangolla), *gallinero* (por paraíso de teatro), *guardapolvo* (por joya que sirve de relicario), *hartada* (por hartazgo), *huraco* (por agujero), *inglés* (por acreedor), *larguirucho* (por largo), *latero* (por latoso), *mamotrelo* (por armatoste), *masilla* (por mástique), *mayúsculo* (por doscomunal), *pagano* (por el que paga), *rinconera* (por ménsula que se fija en un ángulo), *sinvergüenza* (por sin vergüenza), *tipo* (por persona rara o ridícula), *trompada* (por puñada o puñetazo), *velorio* (por velación de muertos), etc., son moneda corriente en la Argentina, y lo mismo me toca decir de las locuciones *estar o ponerse de pie, dar el pecho, al pelo, por medio, etc.* Estas voces y locuciones citadas como regionalismos por diversos lexicógrafos americanos a causa de haber sido omitidas en el *Léxico académico* son, según se ve, comunes en todos o casi todos los países que hablan castellano a pesar del escaso intercambio intelectual que existe hasta hoy entre los estados hermanos en América.

Requeteleto y *requeteviejo*, como todos los superlativos que se forman con el prefijo *re*, con *reque* o *requele*, tanto tienen de ecuatorianos como de

argentinos y españoles, son también términos comunes del habla castellana.

En las dos últimas hojas de su interesante obra ha puesto Toro un brebe juicio del *Diccionario Argentino* por Tobías Garzón. A fe no faltará tela donde cortar para quien se proponga censurar la obra de Garzón que contiene, hacinados sin aventar la paja del trigo, muchos *argentinismos* muchos barbarismos y también muchas voces y acepciones castizas, comunes en toda Hispania, pero ausentes del Léxico académico. Encuentro acertado cuanto dice el ilustrado autor de «Americanismos»; pero se me ha ocurrido colocar una llamada en este párrafo: «En el *centílitro* dice (Garzón): Los argentinos hacemos esdrújula esta voz llana. Por mí que la hagan (agrega Toro), pero sepan, que al hacerlo, no hacen sino imitar a la gente inculta de la madre patria...» ¿Que sólo los que carecen de cultura dicen *centílitro*, *centígramo*, etc., en España?... Pues, yo tenía entendido que solamente adoptaban la acentuación llana los que redactaron el *Diccionario* académico [si es que la adoptan], y cuantos, temerosos de caer en infracción gramatical, rigen estrictamente su habla por los mandatos académicos; y suponía que todos los demás, la gran mayoría de la gente culta e inculta que no se ocupa en hojear léxicos y gramáticas, pronuncia habitualmente *centílitro*, *centígramo*, *decálitro*, *hectógramo*, etc. Esto de asignar acento grave a los múltiplos y submúltiplos del gramo y del litro, dejando los del metro como esdrújulos fué ocurrencia de Bello, adoptada sin más ni más por la Academia. En Chile, donde actuó y donde tanto se impuso la influencia de Bello, el pueblo ha seguido uniformando el acento de todas estas medidas dándolas como esdrújulas, según cita Amunátegui Reyes (*Acentuaciones viciosas*). Nada menos que Robles Dégamo en su *Ortología*, la mejor que se ha escrito hasta hoy, pone *decálitro*, *hectólitro*, etc. (pág. 145). Aquí, en la Argentina misma, no faltan quienes escriban y quienes digan, si bien excepcionalmente, *centílitro*, *centígramo*: la edición de 1912 del texto de Aritmética del propio A. Languier, por ejemplo, trae *centílitro*, *centígramo*, etcétera, e igual acentuación he visto en otros textos, y ello se debe al *Diccionario* de la Academia y a otros diccionarios, pues puedo asegurar que los mismos autores de estas obras de texto y sus alumnos pronuncian habitualmente estas voces como las dice el pueblo, vale decir, como esdrújulas.

La doble *m* que *gramo* tuvo en griego y en latín podrá imponer el acento grave, según Toro lo desea (*Tesoro*, pág. 211); pero la disconformidad prosódica que viene a resultar con los múltiplos y submúltiplos del metro me parece que echa por tierra esta vez la razón etimológica; toca advertir que en la denominación griega de *litro* no hay doble letra; y si se

arguye que la *i* reclama el acento, diré que la *e* de *metro* también puede interponer igual reclamo; de manera que si a la prosodia etimológica nos atuviéramos sería de obligación el acento grave para todas las medidas del sistema métrico.

Creo, con todo, que lo que se viene imponiendo de veras, a pesar de lo que dicen léxicos y gramáticos, es la acentuación esdrújula de todas estas voces ¡y ojalá estuviera ya revocado y toda la razón de parte de mi ilustrado amigo Toro, para bien de los diccionarios y de quienes los redactaron!

JUAN B. SELVA.

Dolores (Buenos Aires), Setiembre de 1912.

Los disparates gramaticales

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y SU CORRECCION

por F. Robles Dégano

Su precio: Una peseta, en la librería de Fernando Fe.

MADRID

REMIENDOS A LA ACADEMIA

Sí contestan.—Muchos de nuestros suscritores y colaboradores, refiriéndose a la instancia presentada por nuestro Director a la Real Academia Española sobre dudas en el empleo de los acentos, nos han dicho y repetido varias veces: «no contestan; de seguro que se callarán, y nos quedaremos tan a oscuras como estábamos». Impacientes por conocer las resoluciones académicas, no tenían presente nuestros buenos amigos que nos hallábamos en tiempo de vacaciones y que la tardanza en la respuesta no podía atribuirse a desatención ni otra causa que no fuese la circunstancia del descanso acostumbrado en la época del calor y de los baños. Si contestan, o al menos lo prometen; y no dudamos que lo harán porque siempre atiende tan respetable Corporación toda petición justa, y además porque la misma Academia se halla interesada como nadie, por su prestigio, por su autoridad y sobre todo por su amor a nuestra lengua, a mejorar en lo posible la acentuación castellana y a simplificar y fundamentar bien sus reglas gramaticales sobre esta materia trascendental y de uso tan costante.

Asegura la Real Academia que muchas de las dudas expuestas se hallan resueltas en su Gramática. Sin duda que será así, aunque no acertamos a saber en donde, y esperamos a que la Academia se sirva señalarlo; mientras tanto seguiremos creyendo que aquellas reglas son bastante complicadas, confusas, equívocas y deficientes, no dan razón clara ni exacta del sistema acentual, ni resuelven todas las dificultades, ni prevén todos los casos. Mas esperemos; puede ser que nuestra propia ceguera no nos deje ver lo que está claro.

Entretanto tenemos el gusto de participar a nuestros lectores que la Real Academia sí contestará, como promete en la siguiente comunicación que copiamos literalmente con toda exactitud.

Hay un membrete que dice: = «Real Academia Española». = «La Real Academia Española en su junta de anoche, (la primera que después de vacaciones ha celebrado), después de haber visto la instancia de V. S., pidiendo sea informada oficialmente sobre varias dudas de acentuación que expone o que se le diga al menos, particularmente, las resoluciones adopta-

das (1), acordó, a pesar de estar muchas de estas dudas resueltas en su Gramática, pasar dicha instancia a informe de sus Comisiones de Gramática y Diccionario, para en su día comunicarle los acuerdos que tome esta Corporación.=Lo que tengo la honra de comunicar a V. S. cuya vida guarde Dios muchos años.=Madrid 4 de Octubre de 1912.=El Secretario, M. Catalina.=Rubricado.=«Sr. D. Ramón Robles Rodríguez».

La Autoridad académica y la «Gaceta de Madrid».—Verdaderamente que no es edificante el espectáculo. Se hacen en España muchas leyes para que nadie las cumpla. Como que la propia autoridad encargada de hacerlas cumplir comienza a veces por quebrantarlas o no hacerles caso.

Desde 1857 rige en España una ley, confirmada por Reales disposiciones posteriores, declarando a la Real Academia Española de la Lengua única autoridad en materias de lenguaje, e imponiendo las últimas ediciones de su Gramática y Diccionario como textos oficiales para la enseñanza y régimen de nuestro idioma.

Parece lógico que la *Gaceta de Madrid*, el órgano oficial del Estado, el tornavoz de nuestros gobernantes, encargados de que se cumplan las leyes, fuese la primera publicación que adoptase las acertadas disposiciones y reformas de la Real Academia, acatando su autoridad oficial. Pues nada; cójase la *Gaceta* y se verá enseguida que, en vez de dar el buen ejemplo con su respeto a la ley, se conduce como el más descontentadizo y levantisco contra las reglas académicas, o como el más despreocupado e ignorante de sus preceptos.

Esto no necesita demostrarse; no hay que probar la transgresión, porque a la vista está todos los días. Y no se trata de inexactitudes, de equivocaciones, de erratas o yerros involuntarios de esos a que todos estamos expuestos, sino de patentes rebeldías. ¿Cómo exigir, pues a un empleado, a un examinando, que se atenga a las disposiciones de la Real Academia en todo cuanto diga relación a nuestra lengua hablada y escrita?

Ya que la misma Academia no vela al parecer por su propio prestigio, llamamos la atención a quien corresponda para que se ponga el remedio posible a esta pública transgresión, evitando los efectos deplorables del mal ejemplo dado por el órgano oficial de la autoridad.

(1) Copiamos a la letra con puntos y comas. No podemos atribuir a la Academia una concordancia vizcaína de plural con singular,—*las resoluciones adoptadas le sea dicha*,—pero no nos atrevemos a introducir alteración alguna en una copia que debe ser exactísima.

NECROLOGIA

CUERVO †

He vivido un largo período de tiempo fuera del trajín romanista por estar delicado de salud. Los doctores me tenían prohibidos los trabajos serios. Y en la primera revista románica que abro; norteamericana, topo con la noticia de que falleció el autor del *Diccionario de Construcción y Régimen*, cuyo primer tomo me regaló Tobler, diciendo: «a buenas manos va a parar», y que yo, novato aún, castigué con cierta injusticia (por única vez en mi carrera) en la revista de Gröber, valiéndome mi osadía una peluca de mi severo profesor. Que conste, para rubor mío, en la biografía que desea el autor de la necrología en la revista norteamericana, Fitz-Gerald, catedrático de la Universidad de Urbana, en Illinois, autor de un soberbio texto crítico de *Santo Domingo de Silos*, de Berceo, que critiqué en la revista de Gröber asimismo, mereciéndome el artículo la amistad de Fitz-Gerald, aunque no usé los calificativos españolísimos de incensario.

Cuervo tomó muy a mal mi crítica; púsose fosco, replicó en malas formas, y no tuve más remedio que meterle el resuello en el cuerpo, atizándole una estocada hasta los propios gavilanes (valga la frase).

No conservo ni mi crítica, ni su arrogante réplica; ni la mía; yo que lo tengo todo tan ordenado. Guardo las cartas de Gröber que me recuerdan aquella desagradable cuestión. Y, entre ellas, me encuentro con la copia de una que yo le escribí. Como alguien sacará a plaza el caso, voy a copiarla.

«Agradezco a V. muchísimo el grato envío de la biliosa réplica de Cuervo, y siento no pueda V. dedicar a asuntos de mayor monta el espacio que ella y mi contestación ocupan en la revista. Muy lejos de mi ánimo ha estado y está el molestar lo más mínimo a tal autor. He limitado a lo más esencial mi respuesta, que le suplico inserte íntegra, porque los ataques dirigidos por Cuervo son hasta groseros, y mi dignidad se resiste a dejarlos sin correctivo brevemente. Como V. ha visto, no se reduce Cuervo a rebatir científicamente mi artículo, sino que va derecho al bulto, como un toro de Miura. El autor de un diccionario castellano lo primero que tiene que saber bien es el... castellano.»

Mi réplica contundente le escoció a Cuervo. Como dijo a Valera, replicándole a su vez en la cuestión del castellano americano, no tenía alientos para luchar.

Conservo también la misiva de Tobler, que dice:

«Heute habe ich von Herrn *Cuervo*, die 2 Bände seines Wörterbuchs erhalten. Den ersten besass ich bereits und würde mich freuen, wenn ich Ihnen denselben schenken dürfte. Das würde eine erste ganz geringe Erwiederung der vielen Dienste sein, für die ich Ihnen zum Danke verpflichtet bin. Hoffentlich haben Sie den ersten Band noch nicht beim Buchhändler bestellt. Ihre heutige Sendung kommt mir soeben zu, auch dafür verbindlichen Dank. Ihr ganz ergebener *A. Tobler*.»

Mi interesante correspondencia con el gran maestro se ha de publicar en su día. De haber sido yo menos pipiolo en el romanismo, habría tenido un amigo en el criticado, como me ha sucedido con algunos de ellos, v. gr. con Fitz-Gerald.

Tengo en su diccionario notas puestas a *adonde*, *advenedizo*, *afanar*, *agarrar*, *agradar*, *agradecer*, *amargo*, *anochecer*, *apesarar*, *apodar*, *apresurar*, *apropincuar*, *armar*, *arrancado*, *arrastrar*, *arrebañar*, *arrebatar*, *arreglado*, *arreglo*, *arrinconar*, *arrojar*, *arropar*, *asaz*, *asegurar*, *ayal*, *brear*, *bregar*, *burlar*, *cansar*, *cantero*, *caracterizar*, *calar*, *celebrar*, *clavar*, *comer*, *concertar*, *conducir*, *conjugar*, *considerar*, *contemplar*, *contender*, *crecer*, *crystalizar*, *cursar*, *curftr*, *chapuzar*, *charlar*, *de*, *denunciar*, *descalabrar*, *des-echar*, *desocupar*, *desocupado*, *dirimir*, *disculpar* y *doctorar*.

Además, en ambos tomos hay bastantes acotaciones y anotaciones, que acaso copie en parte cuando aparezca el *Diccionario del Quijote* del difunto amigo Cortejón, que publicará su discípulo y amigo mío Sivanel Mas. Item, hay correcciones de muchas erratas, y un estudio de sus etimologías, galicismos, inconsecuencias y otros defectos.

Cuando escribí la malhadada crítica no había leído, por desgracia, la que tenía hecha del primer tomo Tobler en el *Deutsche Literaturzeitung*, en 1887, época en que no estaba yo aún en Alemania, y no tenía la menor idea de que existiese un pujante romanismo, tan desconocido en España, que, en el pleito Valbuena-Academia confesó el primero que no sabía quien era Díez, su fundador, maestro de Tobler y de Gastón París.

Conservo apuntes como el siguiente: «Me parece que el autor amontona sobrados ejemplos en algunas acepciones, que por cierto se ve uno precisado a subrayar, si ha de hallar fácilmente en el caso de una rápida consulta. Está el texto demasiado nutrido; de un vistazo no puede uno darse aproximada cuenta de lo mucho y bueno que contiene. Hay que examinarlo con prolija detención, y esto, en un diccionario de pura consulta, que

todo escritor ha de tener a mano constantemente para cerciorarse del verdadero significado de vocablos y frases, resulta muy laborioso.»

Pocos habrá que conozcan a Cuervo en España. En París mismo hay españoles que nada sabían de él. Curioso es lo siguiente, de una entrevista del amigo Gómez Carrillo con Mr. Desrousseau, catedrático de Griego de la Sorbona:

«Le aseguro que Menéndez Pidal no es más que uno de tantos, y que Cuervo sabe más que él» (añade otros nombres que aquí no encajan). «Menéndez Pelayo sólo es un compilador. Cuervo es únicamente un gramático; Benot no es filólogo; el P. Fita es una invención de *Clarín*, y Navarro Ledesma una invención mía...»

En el registro *protocolesco* que tengo de Cuervo figura otra carta interesante del librero madrileño Arturo Beyer. «Debo manifestar a V. que el diccionario de Cuervo que poseo» (que yo lo quería comprar) «lo adquirí en un puesto de libros de lance, sin que en todo él haya el más leve indicio que permita averiguar a quién haya podido pertenecer. En las hojas de portada y anteportada tiene dos pequeños remiendos de papel en la parte inferior, que en nada afectan al texto, y se hallan desglosados casi de su pasta. En el texto, en muchas de sus letras, expresiones y giros se halla bastante subrayado y señalado con lápiz azul y rojo, todo lo cual demuestra que en él se ha hecho un trabajo algún tanto serio.»

Cuervo sacó de mis *Dialectos* lo que le convino para sus artículos: v. gr. en el *Bulletin Hispanique* (Janvier, Mars 1901). Pero, ¿citar mi nombre? Antes la muerte. Yo me vengué de esas miseriucas poniéndole en las nubes, como le puse en mi crítica. Le he alabado a menudo, naturalmente, en la revista de Gröber, en el *Archiv*, en el *Heraldo de París*, en *El Clamor del Magisterio*, de Barcelona, en *España y América*, etc.

Bonafoux tomó nota de cómo copió Cuervo de mis *Dialectos* sin citarme, diciendo en resumen: «El docto Sr. Cuervo es un gran gramático, pero también una hormiguita para su casa. El Sr. Cuervo tomó muy a mal la crítica de nuestro colaborador P. de Mugica, y le contestó muy enfadado. El Sr. Mugica, que no es manco, le replicó duramente. El Sr. Cuervo se venga no nombrando al Sr. Mugica en las revistas. La omisión del Sr. Cuervo no le quitará el sueño, supongo yo, al Sr. Mugica. Eso no está bien que lo haga quien goza de justa fama de sabio y probo. A no ser que el colombiano señor Cuervo crea que el Sr. Mugica es de Panamá, y que, con tal motivo, tiene derecho a disponer de su propiedad como de un botín de guerra.» Lo cual hizo mal efecto en un cuervista.

Cuervo también debió de intervenir (a juzgar por lo que dice Cotarelo en su libro sobre el *le* y el *la*, que me envió con lisonjera dedicatoria) en el

pleito Valbuena-Cotarelo acerca del asunto, quitándole la razón a Valbuena (y perdone éste el *calambur*). Dicho sea de paso, medió asimismo Unamuno en la controversia en igual sentido.

Mucho mejor que Rivodó, pudo decir Cuervo: «Mi obra se estudiará y será citada mientras se hable en el mundo el castellano.»

Ignoro si Campoamor alude a Cuervo en este paisaje de *La Metafísica y la Poesía*, 84: «No existen reglas fijas de construcción.» Es muy posible, porque dice antes (lo cual suscribirá Unamuno): «Los gramáticos exagerados me hacen el mismo efecto que los supersticiosos, que con sus redes de moral estrecha, como en los circos ecuestres, convierten los caminos del cielo y de la tierra en unas verdaderas carreras de obstáculos.» Acaso se refiera a Valbuena.

Lástima que no publicara Cuervo, como Littré, un libro en que nos hubiese explicado la manera de hacer su paciente trabajo. Es de esperar que lo sepamos cuando se dé a luz su correspondencia. El autor de *Examen de críticos*, representante de Méjico en Berlín, amigo de Cuervo, me dijo que no estaba terminado el manuscrito del léxico. Otro señor dice que lo tenía concluido. Lo mismo afirma Fitz-Gerald. Ahí tiene la Academia ocasión magnífica de acabar la obra, empleando sus caudales, mejor que en nonadas y memeces.

Es cosa muy particular. Tenemos el prodigioso diccionario de Cuervo, desde la *A* hasta la *D*, y nadie hace caso de esa concienzuda obra, ni la Academia, ni Pagés en su *Gran diccionario*, ni los demás lexicógrafos. Pagés debía haberse remitido a él en aquellos capítulos, tan magistralmente tratados por Cuervo, evitando repeticiones y disparates.

El P. Juan Mir, en su magnífico *Prontuario de Galicismo y Barbarismo*, que critiqué en la revista de Gröber, en el *Archiv* y en *España y América*, la tramó de firme con el grandioso léxico de Cuervo, que el P. Mir juzga terriblemente, v. gr., al hablar de *afectarse*, que Cuervo apoyó en solas autoridades modernas de galicistas. En el *Archiv* (C. XXII, 314, 1909) le censuré yo el haber tomado textos de López Silva, como si fuese autoridad en materia del idioma. Que yo sepa, Cuervo no rebatió al P. Mir; únicamente tuve esa honra yo solo. ¿Y por qué? Por igual razón que me soltó un venenoso señor: por venir de Alemania mi impreso, y desdeñarse lo procedente de España. Lo que lleva marchamo alemán suele echar cierta sombra a la ciencia procedente de la *Ville-Lumière*.

Un literato provinciano, del que hablaré en otra ocasión, Oscar Rochelt, escritor notable, me decía allá, hace dieciocho añazos, cuando mi pleito con Cuervo: «Su crítica me pareció ser un trabajo de mucha enjundia y profundidad, y me alegro mucho de verle a V. metido diariamente en

un estudio tan interesante como lo es el de la lengua castellana, sobre todo metiéndose en lo que pudiéramos llamar selva cerrada de su riquísimo léxico; y digo selva cerrada, porque ya casi nadie se va por ahí. Con unos cuantos centenares de palabras, las peores, las más de cajón y las menos pintorescas; con unos cuantos modismos directamente traducidos del francés, y con una mediana carretada de muletillas como el *ocuparse de* y el *resulta* y otras al símil, entre la prensa, y unos macacos literarios, van dejando el idioma, de exangüe y anémico, que da lástima.»

En un recorte de periódico argentino, y en el que sólo veo la segunda parte de su título (*¿Hoja literaria?*) *1 ARTISTICA*, parece se trata del idioma castellano en América, y, hablando de que los barbarismos influyen hasta «en los mismos filólogos castizos que viven rodeados por tal atmósfera y que han estudiado con paciencia benedictina los textos de nuestros clásicos», saca a relucir nuestra contienda: «Ejemplo, lo tenemos en una reciente discusión del ilustre Cuervo con el Sr. Mugica, español residente en Berlín, acerca del verbo *coger*. Por lo que pude colegir de lo leído en una revista alemana, el Sr. Cuervo, sabio entre los sabios, creía legítima la acepción de *coger* por *caber*.» No sé cómo vino el recorte a mis manos ni quien escribió el artículo, muy interesante, el cual prueba que repercutió hasta en América la discusión.

No me gusta vestirme con plumas de pavo real, como acostumbran escritores de campanillas. El final de mi carta a Gröber lo escribí antes de leer esto que dijo Larra: «Lo menos que se debe exigir a quien escribe en el habla de Castilla, es que escriba en castellano.»

Alguien achacó a Unamuno que escribía infinidad de cartas, género literario suyo, el más sobresaliente. Como él, y, a estilo de Valera, daba Cuervo patente de sabios a renacuajos científicos, que resultaron ranas.

Abrigo la pretensión de que estimo un portento su obra en el justo valor, y hasta presumo que nadie como un servidor ha estudiado con tanto detenimiento su léxico, que tengo constantemente a mano.

Un alemán dice: «Nadie hay insustituible; pero algunos quedan insustituídos.» Ejemplo, Cuervo.

Parece que estoy destinado a enviar por delante a personas amigas y conocidas de mi época. Tobler, Gröber, Cortejón, Fartenrath, Passini, Eusebio Blasco, Taboada, Fermín Toledo, han sido objeto de artículos necrológicos míos.

Ante la tumba de Cuervo hay que confesar que los españoles contemporáneos suyos no se han portado con él como debieran, como tampoco se portó bien la Academia con un amigo suyo, Tobler, quien merecía el título de correspondiente de la Academia y la Gran Cruz de Alfonso XII (que

me prometió para él Allende Salazar, a la sazón Ministro), mejor que algunos chisgarabís y literatos de morondanga, que llenan el pecho con bandas y cruces.

Nuevo Mundo, la única revista española que leo muy a la ligera, ni trajo la efígie de Cuervo, como tampoco la de Sbarbi, el meritísimo (aunque embrollón y marañista), cuya biblioteca tengo entendido que fué a Liepzig. En cambio suele traer retratos de gente que abochornan al español europeo: toreros, bailarinas, criminales, etc.

Está de luto riguroso *la ciencia española*. ¡Cuervo y Menéndez Pelayo desaparecidos en breve tiempo!

Fitz-Gerald aduce tres artículos que tratan de Cuervo, los cuales desconozco. Añade otro, que puede servir para una biografía completa, y que apareció en *Profesores de idealismo*, de García Calderón. De él hago a continuación un extracto para completar esta necrología.

DR. P. DE MUGICA.

Con el filólogo Cuervo.

«Es un solitario. Como Littré, llegó a la cumbre de la lexicografía. Vive en París, en la calle de Siam, en un barrio lejano, recluso. Está ciego, casi fatigado, agotado por las tareas y los años. Siente que, mientras declina en vida, se estanca su obra. Quizá no veremos nuevos tomos de su diccionario. Su morada es sencilla. Es modesto. Un anciano ocupado en su inextinguible biblioteca. Me ha referido su vida y los orígenes de su gran obra. Posee papeletas lexicográficas (*fiches*), como las célebres de Palma. Considera su obra, incompleta, como imperecedera. «El diccionario quedará inconcluso», dijo. Hablamos de sus relaciones con Gaston París, en cuya revista escribía, y de los cultivadores del castellano antiguo. Me refirió sus inquietudes sobre el *porvenir del castellano en América*. Y recordó su polémica con Valera, dura, en que éste le atacó sin merced, aunque diciendo que *nadie como él sabía nuestra lengua*. Cuervo demostró que el español estaba destinado a fragmentarse en América, como el latín se convirtió en romances. Mostró cómo va disolviéndose el castellano, haciendo al final una tímida profecía que escandalizó e irritó a Valera. La distracción es pasear por la más bella de las avenidas parisienses.»

T. G. C.

París, 1906.

Análisis gramatical intuitivo.

{ El
 { mentir
 { de { las
 { estrellas
 { es
 { un
 { seguro
 { mentir
 { ninguno
 { ha
 { ir
 { de { a { preguntár-
 { se-
 { lo
 { a ellas.

{ Gato
 { escaldado
 { d { el
 { agua
 { fría
 { huye.

{ D { el
 { dicho
 { a { l
 { hecho
 { hay
 { gran
 { trecho.

{ Gato
 { con guantes
 { no
 { caza
 { ratones.

{ La
 { codicia
 { las
 { en { manos
 { de { la
 { suerte
 { se
 { arroja
 { a { mar;
 { la
 { ira
 { a { las
 { espadas,
 { la
 { ambición
 { y { se
 { rie
 { de { la
 { muerte.

{ Reñí
 { con { mi
 { posadero
 { cuando { donde como
 { sirven
 { mal
 { porque { me
 { desespero.

{ Quien
 { lengua
 { tiene
 { a Roma
 { va.

BIBLIOGRAFIA

En esta sección se dará nota bibliográfica de todo libro de asuntos lingüísticos, siempre que para dicho objeto se reciba un ejemplar en las oficinas de esta revista.

ABALO Y ABAD (J. M.).—El traductor de Inglés (segundo curso).—Oviedo, Uría Hermanos, 1912.—18 × 12, de 156 pgs., 1,50 pts.

CARRINGOS (RAMÓN C.).—Minucias gramaticales.—Tandil, N. Vitullo, 1910.—20 × 13, de 261 pgs., 2 pesos.

FRISONI (GAE).—Grammatica esercizi pratici e dizionario della lingua catalana, con una introduzione sugli idiomi parlati nella penisola iberica, una raccolta di 350 proverbios y la chiave dei temi per l'apprendimento autodidattico. —Milano, U. Hoepli, 1912.—24.º, de XXIIIj.—279 pgs., 3 liras.

JIMÉNEZ ROYO (JULIO-CÉSAR).—Sinopsis gramatical y su aplicación al Análisis del Lenguaje. (Apuntes, notas y observaciones).—Madrid, J. Puerto, 1912.—21 × 14, de 176 pgs., 2 pts.

JORAN (THÉODORE).—Le Péril de la syntaxe et la crise de l'orthographe. Paris, Savaète, 1911.—8.º de 46 pgs., 0,60 fr.

MARIE (M. J.).—Petit lexique hebreu-français.—Paris, Lecoffre, 1912.—8.º de 44 pgs.

MIRANDA PODADERA (LUIS).—Tratado teórico práctico de oraciones y acentuación gramatical.—Santander, La Ideal, 1912.—19 × 12 de 127 pgs., pesetas 1,75.

SILVA (JUAN B.).—El Castellano en América.—Su evolución.—Buenos Aires, Sesé y Sarrañaga, 1906.—18 × 12, de 88 pgs.

TORO GIBBERT (MIGUEL DE).—Americanismos.—Paris, Imp. Paul Dupont. 8.º m. de 284 pgs.

VÉLEZ PRADAS (RAFAEL).—Nociones de Gramática Castellana.—Cuenca, Celedonio León, 1912.—19 × 13, de 86 pgs., 2 pts.

VILLÁN VIDAL (L.).—Dictados ortográficos y reflexiones sobre la Ortografía.—Valladolid, J. Montero, 1910.—8.º de 64 pgs.

WETMORE (M. N.).—Index verborum Vergilianus.—London, Frowde, 1911.—8.º de 488 pgs., 28 fr. 75.

WILLEM (JOSEPH).—Traité de versification wallonne, suivi d'un traité pratique sur la ponctuation.—Liège, Gothier, 1911.—8.º de 46 pgs., 0,75 fr.

ZIDLER (GUSTAVE).—L'enseignement du Français par le Latin.—(Mémoire présenté au Premier Congrès de la Langue française en Amérique. Québec, 1912.—25 × 16, de 40 pgs.

Imprenta de «LA ENSEÑANZA», Encargos: Sandoval, 9, bajo.—Madrid.